

PLURALIDAD Y DEMOCRACIA: DEFENSA LIBERAL DE LA MODERNIDAD EN LA OBRA DE OCTAVIO PAZ

Rafael Lemus

Resumen

Estudia las ideas políticas de Octavio Paz, desde su elogio de la democracia liberal hasta su censura de los regímenes totalitarios. Asimismo, analiza su fértil mezcla de liberalismo y romanticismo, tradiciones desde las que observa el mundo político.

Abstract

The author analyses Octavio Paz political views, from its praise of liberal democracy to his criticism of totalitarian regimes.

Likewise he analyses Paz' fertile mixture of liberalism and romanticism, traditions from which he stares at the political world.

La democracia es diálogo
Octavio paz

No es necesario ir demasiado lejos para descubrir la aparente contradicción de Octavio Paz. Leyendo apenas algunas de sus páginas, la contra-

dicción emerge transparente: Paz es un romántico y también un liberal. A un tiempo, denuncia y celebra el mundo moderno; reivindica el mito pero rescata la historia, elogia la imaginación pero defiende la razón, extraña la comunidad pero valora al individuo, apetece la unidad pero respeta la pluralidad.

En su obra dialogan y combaten dos tradiciones dispares, radicalmente contradictorias, perfectamente complementarias. El romántico modera al liberal, el liberal mitiga al romántico. Uno, sueña el amor y la poesía; el otro, analiza la sociedad y la política. Aquél rescata lo que su tiempo descarta, éste defiende lo mejor que su época produce. El liberal y el romántico, el moderno y el antimoderno se abrazan en el polémico diálogo que es su obra.

La división es evidente, unos libros son abiertamente románticos y otros decididamente liberales. En su poesía y ensayos literarios¹ prevalece el romanticismo y sus obsesiones: el amor, la poesía, la comunidad, la unidad; la nostalgia del Ser.

En sus textos políticos —por el contrario— gana el liberalismo y la defensa de sus conquistas: la democracia, la tolerancia, la pluralidad, el individuo. Al defender la modernidad defiende lo más vivo de ella: su régimen liberal y las libertades obtenidas. Al censurar el mundo moderno censura lo menos rescatable de él: su visión mutilada del hombre, reducido a lo físico, condenado a la historia, atado a la política. Como quizá nadie más en el siglo XX, asimila ambas tradiciones y produce una obra de rara coherencia, teñida de romanticismo, rayada de liberalismo. Las doctrinas no se obstruyen, se complementan; el romanticismo sensibiliza al liberalismo; el liberalismo politiza al romanticismo. No hay contradicción sino comunión.

Ambas tradiciones conviven sin problemas, porque una es verso y otra es prosa. El romanticismo es la poesía: imagina y crea al hombre, piensa el amor, extraña la unidad, va siempre más allá de la razón y su geometría. El liberalismo, por el contrario, es prosa rigurosa: analiza y critica lo existente, delinea formas de gobierno, se expresa en términos

¹ *El arco y la lira, Conjunciones y disyunciones, El mono gramático, La llama doble.*

políticos, compone fríos mecanismos económicos. Entre uno y otro se interpone la imaginación poética, instrumento que Paz valora y explota como pocos. En sus textos políticos, por ejemplo, se detiene a mitad del camino; piensa lo posible, juzga lo existente, defiende lo indispensable. En su poesía y ensayos literarios no se detiene nunca y va siempre más allá: imagina paraísos recobrados, defiende la integridad del hombre, juzga insuficiente aquello que defiende en su prosa. El poeta va un paso adelante del ana-lista político: ya revisa y critica lo que el otro apenas afirma. No hay esquizofrenia en la disparidad de Paz sino apenas un entrañable prota-gonismo de la poesía.

La mezcla, además, tiene coherencia porque una tradición prevalece sobre la otra: el romanticismo se tiñe de liberalismo, y ni viceversa. En el centro, Paz preserva los principios románticos y sólo adopta las nociones liberales que no afecten ese núcleo. Las prioridades son siempre románticas: el amor y la poesía, la soledad y la comunión. También la tarea es siempre la misma, defender la integridad del humano y promover la experiencia de lo sagrado. Cualquier cosa se somete a estos objetivos; es bueno lo que ayuda a esa tarea, es malo lo que la obstaculiza. La meta es la misma, y sólo cambian los medios.

Al principio Paz, como los surrealistas, confía en el socialismo; este régimen terminaría pretendidamente con la enajenación y construiría una sociedad regida por principios poéticos. Después la ilusión se desvanece y emerge otra certeza, mejor fincada: los regímenes liberales garantizan una mayor libertad y, por ello, respetan más seriamente el amor y la poesía. El liberalismo, en apariencia distante del romanticismo, tolera la satisfacción de los fines románticos.

Así debe entenderse el elogio de Paz a los regímenes liberales: como la celebración de un medio, no de un fin. El poeta no cree nunca en la suficiencia del liberalismo; es apenas una doctrina política y económica al servicio de ciertos fines morales. La democracia no es tampoco suficiente; es solamente una forma de gobierno que permite al individuo sumergirse en altas búsquedas románticas. Ni la división de poderes, ni la opinión pública libre, ni la pluralidad de partidos y organizaciones satisfacen las necesidades más apremiantes del individuo. La democracia es

tan sólo un medio necesario; asegura la libertad indispensable para la posible satisfacción de los deseos humanos. Su virtud no reside en aquello que es, sino en aquello que permite. Por eso Paz defiende algo más que la democracia cuando elogia los regímenes liberales; defiende la libertad y las posibilidades de comunión ocultas en ella. Aun cuando habla de política está pensando en sus pasiones verdaderas: el amor, la poesía, lo sagrado. Celebra una cosa para defender otra, más importante.

A esa libertad concedida al individuo se debe el entusiasmo de Paz por la democracia. Aunque nunca lo declara explícitamente, su obra celebra algo que no pocos censuran: la preeminencia de lo privado sobre lo público. En los regímenes liberales el Estado adelgaza, la participación popular es intermitente, el debate público tiene su arena propia y las demás esferas privadas sobreviven sin un contagio importante de lo político. A diferencia de lo que ocurre en los sistemas totalitarios, no todo es acción política, y el individuo dentro de la *polis*, puede dedicarse a cosas ajenas a ella.

De esta manera, la democracia moderna satisface (relativamente) una de las obsesiones más significativas de Paz: liberar al individuo del culto de la historia y también de la pasión política, hija de la religión histórica. En una democracia representativa, el Hombre es mucho más que un soldado al servicio del pueblo; es un sujeto que se mueve en la extendida área de lo privado, quizás dedicado a hondas tareas románticas. No es un fanático de la política, pero tampoco el indiferente siervo de una tiranía. La democracia moderna tiene una ventaja que Paz atisba y que pocos han mirado de frente: exige a quien quiera una participación política mínima y, sin embargo, no deviene en tiranía.

Además, el liberalismo y el romanticismo conviven en Octavio Paz porque éste no siempre exige lo mismo a cada uno de ellos. Al romanticismo pide el perdido placer de la unidad: que los contrarios se reconcilien, que la analogía universal se revele, que la soledad se resuelva en la comunión. Al liberalismo, por el contrario, demanda el irrestricto respeto a la pluralidad: que las diferencias se reconozcan, que la tolerancia se imponga, que lo Uno no venza a lo Múltiple. La búsqueda de la unidad es siempre espiritual e individual, no está en la historia ni en la política sino

adentro de uno mismo. El Estado no debe intervenir en ella ni debe confundirla con la desventajosa creación de una unidad ideológica. En política, la unidad es terrible: se confunde con la totalidad y justifica el exterminio de los otros, aquellos ajenos a lo “uno”. Al interior de nosotros, el reto es fundir la otredad en la unidad; al interior de las sociedades, el objetivo es defender la otredad de la unidad.

Al pensar de este modo, en lo político, Paz se distancia de algunos románticos clásicos; con el fin de defender la sociedad abierta abraza el liberalismo y relega el romanticismo a la esfera de lo privado, de cualquier modo más importante. A la hora de la política está más cerca de Tocqueville que de Rousseau, de Popper que de Platón. No cree en ninguna unidad romántica: ni en el pueblo, ni en la voluntad general, ni en la razón histórica. Como los liberales, cree apenas en la pluralidad de voces, en la validez de intereses contrarios, en la sana coexistencia de ideologías dispares. No acepta la intromisión de lo Absoluto en la política —campo de lo relativo— ni la confusión de lo ideológico con lo sagrado. El fundamentalismo le repele, y lo mismo el terrorismo surgido de sus entrañas. La política no es el escenario de lo uno: un partido, una dirección, un bien común; es el teatro de lo diverso, las múltiples opiniones, las numerosas organizaciones, la infinita e indestructible diferencia. El romanticismo es la íntima experiencia de la unidad. El liberalismo es el civilizado reconocimiento de los otros.

1. Elogio de la democracia

Paz reconoce la modernidad. Paz reconoce una virtud inocultable: la amplia libertad de los individuos. Sólo en dos dominios —escribe— los hombres modernos pueden mirar frente a frente, sin rubor, a los del pasado: no en los dominios del arte, la virtud, la sensibilidad, el valor o la cortesía, sino en los de la ciencia y la libertad. Un ciudadano de Nueva York del siglo XX no es un ser más refinado ni mejor que un habitante de Pekín del XVII, pero sí es un hombre más libre.² No hay progreso, pero

²“Los propietarios de la verdad”, en *OC*, vol. 9, pp. 262-263.

existe una encomiable novedad política: las democracias modernas, hijas del liberalismo, garantes de la libertad individual. Paz, al revés de los marxistas, no tiene dudas; vincula la libertad política con el liberalismo y la democracia, y por ello defiende firmemente este régimen. La democracia no es perfecta, pero vale la pena ser defendida; es —según su lógica— el menos malo de los regímenes políticos.

Paz no es politólogo y, por ello, no esboza nunca una teoría de la democracia. Como ensayista, sus reflexiones al respecto son dispersas, apasionadas, a veces contradictorias. No escribe para edificar un sistema, sino para defender a la democracia de sus enemigos inmediatos: el totalitarismo, las dictaduras; el populismo latinoamericano. No conoce a detalle la terminología de la Ciencia Política, pero es dueño de algo más importante: una compleja y coherente visión del mundo formada en la literatura, conocedora de las pasiones humanas. Por ese motivo su visión de la democracia no es la de un experto, sino la de un humanista: al hablar de democracia habla de política y otros temas. Quizás a veces carece de cierta fuerza para profundizar en sus argumentos.

Los resabios socialistas de su juventud y la devoción romántica de toda su vida no le permiten comprometerse enteramente con el liberalismo que, de todos modos, postula. A ratos, la obra parece ir más lejos que el autor; es más liberal de lo que Paz quisiera. Aun cuando él se empeña en guardar un espacio para el romanticismo y el socialismo, el tipo de régimen que defiende no preserva ningún espacio para ellos: el liberal y no tolera el germen totalitario de los románticos y los socialistas. Lo mismo ocurre cuando pretende defender la democracia clásica en vez de la moderna; puede decir que prefiere aquélla sobre ésta —como alguna vez lo hace—, pero su obra defiende encendidamente la democracia moderna y representativa. Su temperamento político es más liberal de lo que su conciencia romántica acepta.

Paz conoce las ventajas de la democracia clásica pero también las de la democracia moderna. Desde luego, sabe que en la democracia liberal, la participación popular ha disminuido, que la representatividad ha sustituido al gobierno directo, que las élites políticas han consolidado su dominio; pero también conoce que, entre una y otra forma de gobierno, la

libertad de los individuos ha crecido significativamente. Allí está el intercambio; ahora los individuos participan menos en los asuntos públicos y el Estado interviene menos en los asuntos privados. La esfera de lo público se reduce y la esfera de lo privado se acrecienta. El valor último de la democracia ya no es la participación forzosa en lo político, sino el respeto irrestricto de la vida privada. El Estado adelgaza y el individuo se robustece. La libertad de los hombres modernos, ciudadanos de democracias liberales, es así mayor que la de sus antepasados.

Para que esto sea de esa manera, el Estado debe ser débil y limitado. Al revés de los regímenes totalitarios, la democracia demanda la multiplicación de los contrapesos: división de poderes, sociedad civil, opinión pública crítica. Paz acepta todo esto y además admite otro contrapeso: el mercado libre; al hacerlo sólo acepta una obviedad histórica: las democracias liberales —únicas verdaderas— han existido apenas en sociedades capitalistas.

No existe contradicción entre capitalismo y democracia; el régimen democrático necesita de una economía de mercado. El capitalismo produce, desde luego, desigualdades sociales contrastantes, pero evita que el Estado adquiera el monopolio del poder económico. En una sociedad democrática ocurre lo contrario que en una sociedad totalitaria: el Estado no se adueña de la esfera económica y por ello es menos autoritario. Paz sabe lo que cierta izquierda niega: el mercado, al limitar al Estado, es una condición de la democracia.

Cercado por el mercado, el Estado liberal es además débil ideológicamente. Como Paz señala, la democracia moderna se erige en el vacío, no se sostiene en un valor metahistórico, ni se justifica en una utopía, ni eleva valores absolutos. El terreno de la democracia es el de lo relativo: “el eclipse de los valores absolutos y metahistóricos y su sustitución por valores relativos es un capítulo central en la historia de la democracia moderna”. El régimen liberal, al contrario del totalitario, no es ideológico ni historicista; no es el caudillo de un valor eterno ni resultado de una difusa razón histórica. Lo que legitima a la democracia no es el principio que la funda, sino los resultados que produce: libertades reconocidas, la tolerancia promovida, la vida privada respetada. No eleva una Idea y, así, res-

petas de sus ciudadanos. No obstante, la democracia es una forma de organización política, y toda organización política se sustenta en normas y principios. La democracia no postula una ideología totalizante pero sí defiende severamente un par de valores: libertad y tolerancia. En la democracia todo está permitido salvo la intolerancia y el autoritarismo.

La democracia —ha escrito Paz— no es una fuente de valores comunales como el cristianismo y el marxismo (...) no es ni una teoría de la historia ni una doctrina de salvación sino una forma de convivencia (...) aunque también es, a su modo, una ortodoxia. Pero es una ortodoxia negativa o, más bien, neutra: el único principio básico de una democracia moderna es la libertad que tienen todos para profesar las ideas y los principios que prefieran. El único principio del Estado es no tener principios: la neutralidad frente a todos los principios.³

La democracia es neutral porque el valor que postula es enemigo de los absolutos. La libertad, aun defendida absolutamente, no es un principio absoluto sino relativo; no afirma esto o aquello sino que permite esto y aquello; no es una teoría sino una posibilidad de elección, es un “sí” o un “no” pronunciado individualmente. La libertad “no es una idea sino un acto”, y por ello se ejerce y no se define. La democracia, al contrario de otros regímenes, no define la libertad ni la inscribe en una filosofía de la historia —no es la victoria de una clase ni la consumación de cierto mandato histórico.

En una democracia moderna la libertad se desdobra en infinitos actos cotidianos y anticlimáticos: la elección de una marca de refrescos o de una preferencia sexual, la adopción de una fe o de aquella otra, la libre escritura de una novela y el libre ir y venir por un territorio. “La libertad no es la justicia ni la fraternidad sino la posibilidad de realizarlos aquí y ahora”.⁴

Salvo al principio, Paz no tropieza con la misma piedra que los mar-

³ *Ibidem*, pp. 260-261.

⁴ *Ibidem*, p. 261.

xistas; no desdeña las llamadas “libertades formales”. Sólo en *El laberinto...*, uno de sus trabajos menos liberales, menosprecia la existencia de éstas, las tacha de meras abstracciones. Años después rectifica, las garantías individuales son más que formalidades y la defensa de ellas es apremiante. No son suficientes pero tampoco omitibles; donde no existen, su carencia es terrible e inocultable.

La defensa de las llamadas “libertades formales” —escribe en 1974— es, hoy por hoy, el primer deber político de un escritor, lo mismo en México que en Moscú o en Montevideo. Las “libertades formales” no son, claro está, toda la libertad y la libertad misma no es la única aspiración humana: la fraternidad, la justicia, la igualdad, la seguridad, no son menos deseables. Pero sin esas libertades formales —la de opinión y expresión, la de asociación y movimiento, la de poder decir al poder— no hay fraternidad, ni justicia, ni esperanza de igualdad.⁵

Al definir de este modo la democracia, Paz se desvincula de toda tentación totalitaria. Al mismo tiempo que rechaza la unidad y el absoluto en la política, repudia el fundamentalismo y sus manifestaciones totalitarias. Paz está al tanto de una cosa: el totalitarismo es resultado —entre otras causas— de una pasión política nada matizada. El dirigente y el militante asesinan y encarcelan a sus adversarios porque buscan en la política valores que están en otro lado: la verdad, la unidad, el absoluto. No observan en el otro a un sujeto distinto, sino a un enemigo del pueblo o la historia; no se creen dueños de certezas relativas sino de verdades absolutas e irresistibles. Su conducta es contraria a la del demócrata verdadero, dueño de convicciones relativas y tolerantes de los otros. El ciudadano de una democracia moderna es menos apasionado y más sensato; no busca en la política de salvación de su alma ni la recuperación momentánea del paraíso abandonado. La democracia no es escenario de tareas tan altas; es apenas el anticlimático sitio de lo múltiple y lo relativo.

⁵ “Polvos de aquellos lodos”, en *OC*, vol. 9, p. 197.

2. Estados Unidos: la democracia liberal por excelencia

Paz no encuentra un ejemplo de democracia en los regímenes populistas ni en los pequeños autogobiernos locales. La imagen democrática que más lo seduce es también la que algunos detestan: la de Estados Unidos. En ella, Octavio Paz no observa un régimen perfecto ni una sociedad imitable; simplemente percibe y elogia el trabajo diario de los mecanismos liberales. La democracia estadounidense no es intachable, pero tiene más de un elemento envidiable: poderosa sociedad civil, aguda opinión pública, estabilidad política, constante autocrítica, respeto riguroso de los derechos humanos. Al lado de sus vicios, también inocultables, Estados Unidos es un notorio ejemplo de modernidad política y de civilidad democrática.

Para reconocer apenas esto, Paz necesitó desprenderse de un prejuicio fuertemente incrustado en la intelectualidad mexicana: el delirante antiyanquismo. A la manera de otros mexicanos notables (Alfonso Reyes, Edmundo O’Gorman, Daniel Cosío Villegas), Paz optó desde temprano por la inteligente cordura: observó simultáneamente los vicios y virtudes de Estados Unidos y no culpó al vecino de todos nuestros problemas internos. Por el contrario, su posición fue siempre lúcida y penetrante; aplaudió sinceramente lo plausible y censuró severamente lo censurable. Como antes todo el mundo moderno, osciló siempre entre la fascinación y la repulsión manifiestas.

Desde México, Estados Unidos fue invariablemente la imagen del “otro”, y el otro nos atrae siempre y siempre nos repele. Asimismo, desde cualquier parte del mundo, la Unión Americana es el símbolo mayor de la modernidad y también nos despierta las mismas emociones contradictorias. Paz lo supo siempre, Estados Unidos es “la más perfecta expresión de la modernidad”,⁶ y por ello nos deslumbra y repugna.

Nación moderna por excelencia, Estados Unidos encarna la radical democracia; no sólo satisface una a una las condiciones de la democracia moderna sino que también —como apunta repetidamente Paz— se funda

⁶ “La democracia imperial”, en “Tiempo nublado”, en *OC*, vol. 9, p. 290.

en cada una de ellas. Erigido en el vacío histórico, no encuentra resistencias internas a su modelo liberal y no matiza su modernidad con una tradición ya existente. Caso único en el mundo, Estados Unidos se funda en la modernidad y en sus principios liberales, no llega al mundo moderno o través del feudalismo ni combate civilizaciones indígenas para implantar su modelo; nace moderno y moderno permanece a lo largo de su historia. Sus principios democráticos no tienen enemigos internos; aun los grupos conservadores, opuestos al liberalismo cultural, respetan y hacen respetar el marco democrático. La democracia en Estados Unidos no es una lucha sino un consenso.

La democracia estadounidense satisface casi completamente los requisitos democráticos que Paz impone. Desde luego que al interior del país existen vicios evidentes, pero su régimen político es minuciosamente democrático. Algo es seguro: la relativa debilidad política de su Estado. Allí los contrapesos son múltiples y poderosos: una sociedad civil ampliamente organizada en pequeñas asociaciones, una prensa crítica y rigurosa, una *intelligenza* aguda y severa, un federalismo tajante, un mercado incomparablemente fuerte. El Estado norteamericano —al revés del Estado totalitario— no es omnipotente ni omnipresente; es apenas un aparato político cercado por numerosos contrapesos. A su lado, el individuo está menos amenazado que en los regímenes autoritarios, y su libertad política (el derecho a no ser oprimido por el poder) está mejor garantizada. La sana acotación del poder es la mayor conquista política de los estadounidenses.

Prueba de ello es la neutralidad ideológica del Estado norteamericano. Liberal, no eleva valores metahistóricos ni impone a todos una ideología totalizante; como Paz advierte, sus fines son apenas privados. Las instituciones públicas no están allí para enarbolar ésta o aquella idea, sino para permitir ésta y aquella creencia. Todo el aparato político trabaja para permitir algo. ¿Qué permite? Lo que el individuo desea.

Las preguntas y las respuestas sobre la vida y su sentido, la muerte y la otra vida, confiscadas tradicionalmente por las Iglesias y los Estados, habían sido asuntos del dominio público. La gran novedad histórica de los

Estados Unidos consiste en intentar devolverlas a la vida íntima de cada uno.⁷

El Estado sólo allí está para garantizar la libertad del individuo; lo público no tiene otro fin que garantizar la autonomía de lo privado. “La Unión Americana es la primera tentativa histórica por devolver al individuo aquello que, desde el origen, se le arrebató”.⁸

El mayor vicio de Estados Unidos es también su contradicción más evidente: la democracia al interior y el imperialismo al exterior. Paz conoce y critica esta disparidad desde temprano, pero también sabe y reconoce otra cosa: Estados Unidos es un imperio nada ordinario. A diferencia de Roma, no es resultado de un plan deliberado, sino consecuencia de un acelerado y constante crecimiento económico. A diferencia de la Unión Soviética, no pretende convertir al mundo sino influirlo política y económicamente. Su dominio es atípico; no es ideológico ni se resuelve en la creación de naciones satélite. Quizá no sea en rigor un imperio sino algo menos articulado. Paz propone un término más exacto: no imperialismo sino hegemonía. Estados Unidos es una potencia hegemónica, no un imperio.

Paz —curiosamente— critica menos la hegemonía estadounidense que los constantes vaivenes de ésta. Plantado en medio de la Guerra Fría, no considera desventajosa la existencia de una hegemonía norteamericana, al fin y al cabo necesaria frente al imperialismo soviético. Lo que censura no es tanto el dominio sino su carácter errático. La historia de la hegemonía estadounidense luce frente a sus ojos como una desquiciada cadena de errores, atrocidades, torpezas, disparates. Estados Unidos, a la inversa de la Unión Soviética, no ha tenido nunca un diseñado plan de acción en el mundo; no tiene una Idea que rija su conducta ni la intención de convertir ideológicamente a las demás naciones. Su política exterior ha sido coyuntural y vacilante, producto de sus intereses inmediatos, respuesta a las acciones de otros, resultado de su original excentricidad. A

⁷ *Ibidem.*

⁸ *Ibidem.*

Estados Unidos, según Paz, no le ha faltado poder sino prudencia; facultad de orientarse en la historia.⁹

Crítica del socialismo

Paralelamente a su defensa de la democracia, la crítica del socialismo totalitario es una constante en la obra de Paz. A partir de los cincuenta, y especialmente desde los setenta, Paz adopta una certeza: la defensa de la libertad poética atraviesa por la denuncia de los regímenes totalitarios. En aquellos sistemas, la libertad se restringe, la pluralidad se anula, la vida privada se suprime y, sin embargo, su utópico espejismo seduce durante años a multitud de escritores e intelectuales. Contra ese espejismo, Paz empuña las armas y delinea una reflexión lúcida y rigurosa, llena de valor civil y anterior a otras críticas de otros autores. La fuerza de su denuncia es apenas proporcional a la firmeza de su convicción: los regímenes socialistas no fueron la encarnación de una utopía sino la más severa reacción contra la sociedad abierta.

Quizá sea ésta la parte más polémica de la obra de Paz. A cada juicio suyo correspondió siempre una respuesta de algún interlocutor, generalmente menos lúcida que sus afirmaciones. En México y en el resto de Hispanoamérica sus críticas al socialismo generaron invariablemente escándalos menores y descalificaciones mayores. Desde la izquierda, Paz recibió numerosos calificativos: trotskista, agente de la CIA, vocero de la derecha, empleado del imperialismo yanqui; incluso, en alguna ocasión padeció la quema de su efigie a manos de la extrema izquierda, irritada por algunas declaraciones suyas en torno al sandinismo. Desde luego ninguna de estas manifestaciones mitigó sus críticas; apenas si atizaron su crítica visión del mundo socialista. Acosado por una izquierda nada moderada, Paz ratificó lo aprendido en su juventud: la inteligencia verdadera es siempre polémica.

⁹ *Ibidem.*

Ni siquiera los estudiosos de su obra han sido ajenos a este tiroteo. Paz ha corrido con una suerte curiosa: sólo tres profesores han estudiado en detalle su obra política y los tres han sido (en mayor o menor grado) marxistas. Lo mismo Jorge Aguilar Mora (*La divina pareja*) que Enrique González Rojo (*El rey va desnudo*) y Xavier Rodríguez Ledezma (*El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*) han carecido de un ingrediente importante para entender a fondo la obra del mexicano: una comprensión amplia del liberalismo y del romanticismo. Cada uno a su manera, los tres han enfrentado sus ensayos políticos desde un punto de vista y desde un lenguaje ajenos al temperamento liberal y romántico de Paz. Al Nobel no se le ha estudiado, sino refutado; ninguno lo ha criticado por su liberalismo o por su romanticismo, sino apenas por su ausencia de marxismo. Lo que censuran no es su ideología sino su vicio de origen: no ser marxista. No revisan su obra sino su relación con otras obras: la de Marx y sus discípulos. No son, en rigor, críticos de Paz sin guardianes del dogma marxista.¹⁰

Una cosa sorprende casi de inmediato: las páginas más polémicas de Paz no son siempre las mejores. El ruido alrededor de sus textos sobre el socialismo es a veces injusto, oculta otras partes más brillantes y capitales de su obra. Su denuncia del totalitarismo es provocativa pero no es impecable ni es el núcleo de su pensamiento político. Su crítica del socialismo —de hecho— es notoriamente dispareja: es notable y rigurosa cuando trata del “socialismo existente”, pero es tímida e incompleta cuando encara al marxismo. Paz es a la vez un modesto crítico del marxismo y un extraordinario juez del socialismo totalitario. Ante uno y otro no conserva la misma distancia; el totalitarismo es enteramente ajeno a su temperamento mientras que el marxismo no cesa de atraerle, al menos un poco a lo largo de su vida. Su ruptura con Marx no es tan radical como la de otros intelectuales menos resistentes al liberalismo (Arthur Kiestler, An-

¹⁰ Quizá no sea justo vincular tan estrechamente la obra de Jorge Aguilar Mora con las de González Rojo y Rodríguez Ledezma. Aunque también es marxista, es más riguroso, y su obra más penetrante. No comparte el liberalismo de Paz pero comprende, en cambio, su romántica visión del mundo y de la historia.

dré Malraux, Francois Furet); apegado al favor de su juventud, nunca censura tajantemente la teoría marxista ni cobra a Marx las facturas del experimento soviético.

Armado de este modo, Paz nunca responde enfáticamente a un par de preguntas: ¿es el marxismo responsable de la realidad soviética? ¿Sobrevive la ilusión socialista a la experiencia del estalinismo? Menos seguro que en otros terrenos, deambula indeciso de una postura a otra: a veces afirma una cosa y a veces la otra. En los años cincuenta y sesenta, por ejemplo, denuncia el socialismo soviético, pero exime de sus vicios al socialismo teórico. Años más tarde rectifica y sugiere lo ya señalado por Karl Popper y Raymond Aron: el marxismo oculta en su seno una semilla totalitaria. En 1974 escribe al respecto:

(...) un examen de lo que pasa en los países llamados “socialistas” exige una revisión de la herencia autoritaria del marxismo. Una revisión que, agrego al margen, debe ir más allá de Lenin e interrogar los orígenes hegelianos del pensamiento de Marx.¹¹

La crítica del socialismo se extiende —de lo real a lo teórico— pero las dudas persisten; no responsabiliza decididamente al marxismo ni rompe en definitiva con la ilusión socialista. El antiguo comunista no se resiste a perder la vieja causa:

Es explicable la tentación de enterrar al marxismo. Nada más difícil. Por una parte, esa filosofía es parte de nosotros mismos y, en cierto modo, la llevamos ya en la sangre. Por la otra, renegar de su herencia moral sería renegar al mismo tiempo de la porción más lúcida y generosa del pensamiento moderno. Ciertamente, el marxismo es apenas un punto de vista —pero es nuestro punto de vista. Es irrenunciable porque no tenemos otro.¹²

Más tarde (1977) apunta: “Yo no rechazo la solución socialista. Al

¹¹ “Polvos de aquellos lodos”, en *OC*, vol. 9, p. 183.

¹² “Corriente alterna”, p. 199. Buscar en *OC*.

contrario, el socialismo es, quizá, la única salida racional a la crisis de Occidente.”

No obstante estos vaivenes, Paz reconoce siempre los errores y defectos del marxismo. Quizá no renuncia nunca a la ilusión socialista pero tampoco es en ningún momento un marxista riguroso. Aun desde su juventud no comparte puntos claves del marxismo. La primacía de lo económico sobre lo político, por ejemplo, no le convence siquiera un instante; no cree que todo derive de la estructura económica y, más bien, vincula íntimamente lo económico con lo político y cultural. Asimismo, la emancipación económica le parece insuficiente, transformar el modo de producción no libera plenamente al individuo; también es necesario destruir sus cadenas espirituales. No todo es economía ni lucha de clases: “la historia es lucha de clases, pero también es otras muchas cosas no menos decisiva: la técnica y sus cambios, las ideologías, las creencias, los individuos, los grupos —y la casualidad”.¹³

Aún más importante: Paz no simpatiza con la filosofía de la historia oculta en el marxismo. Adverso al culto del porvenir, no anticipa paraísos en el futuro ni confía en la inexorabilidad de la revolución socialista. La profecía escatológica de Marx no le convence ni le anima a predecir día a día el “inevitable” colapso del capitalismo. La tentativa de conciliar razón e historia, eminentemente moderna, le agrada aunque no lo enceguece; aplaude el intento de modelar la realidad de acuerdo a la voluntad y a la razón humanas pero conoce las dificultades ocultas en ese vano esfuerzo. El siglo XX, con sus guerra y sus campos de concentración, deja al poeta una lección indeleble: la historia no es previsible y sus rutas no son siempre racionales. El marxismo fracasa donde las demás filosofías de la historia también lo hacen: cree conocer el futuro cuando no conoce sino la deformada imagen de sus propios deseos.

Ante este culto marxista de la historia nace su principal resistencia. A veces coincide con Marx en esto y en aquello (en el deseo de igualdad social o en algunas críticas al capitalismo, por ejemplo) pero nunca comparte con él su fervorosa creencia en el futuro. Discípulo de Hegel, Marx

¹³ “La contaminación de la contingencia”, en OC, vol. 9, p. 100.

busca algo que Paz detesta: la salvación en la historia. El marxismo, afanado en transformar la historia, difiere violentamente del romanticismo deseoso de escapar de ella; uno busca apurar la historia mientras el otro desea anularla. Marx pretende acelerar el tiempo mientras los románticos —Paz entre ellos— se empeñan en detener, al menos por un instante, la sucesión asesina. La salvación, para Paz, está fuera del tiempo y de la historia: en el amor, en la poesía, en la sagrada experiencia de la comunión. Las soluciones históricas a la condición del hombre son ineficaces, más aún si arrojan al individuo hacia un futuro geométrico y racional. La comunión no está en la historia sino al margen de ella. El marxismo se equivoca al pretender que el hombre y la historia comulguen en un abrazo revolucionario.

Pero Paz no va mucho más allá, su crítica se detiene a un paso de vincular el marxismo y la realidad soviética. A veces atisba un lazo entre la teoría y la realidad pero, casi de inmediato, vuelve la vista hacia otro lado. Divaga, sugiere, pero sólo raramente afirma. El asunto se le escapa de entre las manos; advierte sin especificar el lastre autoritario del marxismo, critica sin censurar a Marx, entierra sin sepultar definitivamente al socialismo. De hecho, su indecisión es tan severa que termina en un inconvincente compromiso: al final de su vida apoya el improbable pacto del liberalismo o descarta plenamente al socialismo. Fiel a su obsesión, se decide por la difícil fusión de los contrarios.

Si queremos salir del pantano y no hundirnos en el lodazal debemos elaborar pronto una moral y una política (...) Creo que esa presunta filosofía política debería recoger, asimismo, la tradición inmediata: la del liberalismo y la del socialismo. Han sido los grandes interlocutores de los siglos XIX y XX y tal vez ha llegado la hora de una síntesis. Ambos son irrenunciables y están presentes en el nacimiento de la Edad Moderna: uno encarna la aspiración hacia la libertad y el otro hacia la igualdad. El puente entre ellos es la fraternidad, herencia cristiana, al menos para nosotros, hijos de Occidente.¹⁴

¹⁴ "Itinerario", prólogo a *OC*, vol. 9, p. 60.

De haber ido más lejos, Paz habría encontrado quizás esto: el marxismo fue corresponsal del socialismo existente. Ciertamente, Marx no es culpable de las diversas aplicaciones de su obra ni de los hombres que reinterpretaron su pensamiento; sus ideas, por sí solas, jamás hubieran levantado un campo de trabajo forzado. No obstante, también es verdad lo contrario: el marxismo no puede desprenderse impunemente de las obras construidas en su nombre. Raymond Aron ha escrito: “una doctrina de acción como la de Marx es responsable no solamente de sus intenciones sino también de sus implicaciones, incluso las opuestas a sus valores y a sus objetivos”.¹⁵

Además, el marxismo contiene en su seno más de un elemento autoritario. Su rechazo del reformismo, por ejemplo, alienta la violencia y el fanatismo político; todo debe hacerse radicalmente y sin importar demasiado los medios. Más importante todavía es el desdén marxista por las garantías individuales, reveladoramente llamadas “libertades formales”. De acuerdo con Marx, sólo la libertad económica es verdadera, las demás —la libertad de expresión, reunión, creencia— son simulaciones burguesas, artificios omitibles. Los pilares de la democracia son así, según el marxismo, meras ficciones.

Otro equívoco marxista y germen del totalitarismo es el olvido teórico del Estado. Marx procede de un modo distinto al de los liberales: sueña con una sociedad sin Estado y por ello no se ocupa en fijarle límites. Los liberales son, al menos en este sentido, más prudentes; consideran al Estado un mal necesario y —por lo mismo— multiplican los obstáculos y los contrapesos. Al aplicar ambas doctrinas en la realidad los resultados son contrastantes: las democracias liberales cuentan con Estados acotados mientras los países socialistas, carentes de instrumentos al respecto, padecen Estados ilimitados aunque teóricamente ausentes. Peor todavía, el marxismo no sólo no crea nuevos contrapesos al poder, también destruye los existentes. Marx precinde del mercado y con ello reúne lo que la modernidad había separado: el poder político y el eco-

¹⁵ Raymond Aron, *Ensayo sobre las libertades*, México, Conaculta/Alianza Editorial, 1991, p. 58.

nómico. El Estado, al menos en el transitorio periodo hacia el comunismo, gana un par de cosas: la propiedad de los medios de producción y un poder político desmesurado. El totalitarismo está ya delineado.

Más grave es otra responsabilidad de Marx: reintroduce el Absoluto en el escenario de la política. Los liberales —como Paz ha señalado— consiguen algo nada desdeñable: destierran a Dios de la política y en su lugar disponen dos valores elásticos, la libertad y la tolerancia. Aprendiz de Hegel, Marx da vuelta atrás y erige un nuevo Absoluto: la historia y su anticipado curso. El sentido y la dirección vuelven a la esfera pública, las sociedades marchan hacia el socialismo y el agente del cambio es el proletariado. El individuo no está ya confiado al azar sino envuelto en una tarea histórica, encomiable y más importante que cualquier otra. La incertidumbre termina, la certeza absoluta regresa. Hay apenas una dirección, una meta, una tarea, una verdad. Todo es uno: la clase elegida, la clase enemiga, la voluntad general, la ideología verdadera. Lo “otro” carece de validez y, por ello, puede ser racionalmente exterminado. El elogio marxista del absoluto y de la unidad es el esbozo teórico del totalitarismo.

4. Crítica del socialismo existente

A la inversa del marxismo, el socialismo existente no escapa nunca del severo juicio de Paz. Ante él, el poeta no tiene dudas ni titubea entre una postura y otra, tiene ideas y avanza siempre verticalmente, profundizando su análisis a cada texto. Un asunto le ocupa desde el principio: la naturaleza del régimen soviético. A sus ojos, la URSS es un monstruo inclasificable, dueño de una forma intrincada y carente de antecedentes históricos. Algo es seguro: la URSS no es socialista aunque así lo pretenda. Su realidad no es aquella que Paz imagina como la de una nación socialista, más utópica que probable. La Unión Soviética, en la lógica de Paz, no es socialista y, por ello, no es tampoco marxista; Marx apenas tiene que ver con lo realizado en su nombre. El régimen soviético no es resultado de una vieja teoría ni es asimilable a una tradición política antigua, es distinto

a cualquier otro régimen y su rasgo más evidente es la originalidad. No hay un referente para entenderlo ni una quietud histórica para analizarlo en bloque. La URSS también cambia, es un brutal sistema totalitario con Stalin y una “dictadura burocrática comunista” con el resto de los dirigentes. Novedosa, mudable y falsamente socialista, la naturaleza del régimen soviético es una de las obsesiones que atraviesa los textos políticos de Paz.

No importa que la Unión Soviética se quiera socialista. Debajo de ese disfraz Paz descubre apenas un Estado inmenso y una sociedad oprimida. Los fines no lo deslumbran, conoce los medios y no justifica la brutalidad de éstos en nombre de la pureza de aquéllos. “Los fines — escribe — no son ni pueden constituir nuestro único criterio moral.”¹⁶ La ilusión que sustenta a la Unión Soviética no es razón suficiente para justificar los crímenes y los errores, la atrocidad y el cinismo. La verdad que importa es la de realidad y no la del discurso, los muertos reales y no los mártires de la retórica, los campos de trabajo forzado y no los paraísos del futuro, el Estado kafkiano de diario y no la sociedad sin Estado del porvenir. La responsabilidad del observador es escuchar sin atender la promesa socialista del régimen y analizar sin vacilar las verdaderas condiciones del sistema.

Un elemento dificulta la tarea del observador: las múltiples contradicciones de la Unión Soviética. Para Octavio Paz, la URSS no es un uniforme monolito sino un monumento a la esquizofrenia, es de un modo en la esfera social, de otro en el campo político y de uno más en el escenario económico. La sociedad es tradicional y la economía es moderna, aquélla está seccionada en castas y ésta es eminentemente industrial. De un lado, la inmovilidad y el arcaísmo; del otro, la movilidad y la modernidad. En medio: un régimen político a la vez moderno y tradicional, heredero de la autocracia zarista y campeón de las nuevas formas de dominación. La naturaleza de la URSS es violentamente heterogénea:

¹⁶ “Las contaminaciones de la contingencia”, en *OC*, vol. 9, p. 102.

Ningún autor serio sostiene hoy, en 1980, que la Unión Soviética sea un país socialista. Tampoco que sea, como creían Lenin y Trotski, un Estado obrero deformado por el excecencia burocrática. Si pensamos en las instituciones y realidades políticas, es un despotismo totalitario; si nos detenemos en las estructuras económicas, es un vasto monopolio estatal con formas peculiares en la transmisión del uso, el goce y el disfrute de las riquezas y los productos (...); si reparamos en las divisiones sociales, es una sociedad jerárquica con muy escasa movilidad, en la que las clases tienden a petrificarse en castas y dominada en la cúspide por una nueva categoría a un tiempo ideológico y militar.¹⁷

La Unión Soviética es, según Paz, monopolio estatal de los medios de producción, sociedad jerárquica, Estado totalitario y burocrático. En el centro del país: un Estado elefantiástico; en el centro del Estado, un partido único; en el centro del partido: el Secretario General. Todo unido por el terror y la ideología, la guillotina y el catecismo. El partido es la política y es la Iglesia; dicta la doctrina y castiga a los herejes, interpreta las escrituras y vigila la ortodoxia. A través de él todo es política e ideología, la vida diaria y la creación artística, el tránsito y la expresión, el silencio y la palabra. La ideología —marxista, por supuesto— señala lo válido y censura lo ajeno a sus principios, nombra a los aliados y fija a los enemigos, nace en el seno del partido y se vierte sobre la sociedad entera. En la Unión Soviética “lo más real, los hombres, están al servicio de una abstracción ideológica”.¹⁸

Nada de esto es en verdad nuevo. Paz recoge nociones de otros autores y sigue creativamente a sus maestros: Raymond Aron, Kostas Papiannou, Hannah Arendt, Daniel Bell, Leszek Kolakowski. Más que por su originalidad, su análisis destaca por el contexto en el que brota: una academia latinoamericana fuertemente influida por el marxismo y aún ciega ante el horror totalitario. En este escenario, Paz sí es único: no muchos comparten su punto de vista crítico y nadie lo ejerce tan riguro-

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ “El imperio totalitario”, en *OC*, vol. 9, p. 310.

samente. Cuando comienza su denuncia, sólo tiene adversarios: escritores “comprometidos”, comunistas furiosos, profesores decididamente marxistas. Cada vez más frecuentes en Europa, sus críticas a la Unión Soviética desgarran el pálido ambiente intelectual del subcontinente y provocan más de una encendida polémica. No sólo discute la situación del socialismo existente sino que lo hace en un ambiente nada propicio. No sólo tiene lucidez sino valor intelectual, cualidad rara en nuestros pasillo culturales y académicos.

La evidente novedad del régimen soviético no oculta otro elemento a Paz: la subterránea persistencia de ingredientes tradicionales en la Unión Soviética. Experto en máscaras y mitos, Paz no tiene trabajo en penetrar la realidad aparente y en descubrir, al fondo de las apariencias, realidades más profundas y valiosas. Debajo de las máquinas y de las cárceles, de los retratos de Lenin y de las estatuas de Stalin, halla casi de inmediato una enterrada y viva tradición zarista autocrática, religiosa, arcaica. El racionalismo se funde con la religión, el Secretario General con el Zar, la modernidad con la tradición. Paz no es el primero ni el último en señalar esta combinación, pero sí es uno de sus más agudos críticos; insiste repetidamente en ella, y en ella observa una obvia muestra del descalabro soviético. La modernidad socialista, al revés de la liberal, no es capaz de romper plenamente con la tradición.

A un tiempo tradicional y moderno, el Estado soviético —de acuerdo con Paz— no hunde raíces en la sociedad rusa. Plantado en medio de una sociedad tradicionalista, se mantiene apenas a través del terror policiaco. No es, como Marx hubiera deseado, un producto natural de la historia rusa sino un régimen sostenido en el artificioso pilar de la represión política. A pesar de sus repetidos intentos, no es capaz siquiera de suprimir la tradición zarista, opuesta a su vocación modernizadora. Peor todavía, no sólo no desvanece el autocrático legado ruso sino que, indirectamente, lo continúa. La autocracia y la ortodoxia religiosa se disfrazan y sobreviven en formas más feroces: el totalitarismo y la ortodoxa ideológica. El pasado se funde con el soñado futuro marxista. Paz apunta:

Hay una clara continuidad entre el despotismo ilustrado de Pedro y Cata-

lina y el de Lenin y Trotsky, entre las paranoias sanguinarias de Iván el Terrible y la de Stalin. El stalinismo y la autocracia zarista nacieron, crecieron y se alimentaron de la realidad rusa.¹⁹

Paz no lo percibe pero la mezcla de modernidad y tradición no es exclusiva del experimento soviético, está ya implícita en la teoría marxista. A un lado de su abierto “modernismo”, el marxismo es también veladamente tradicionalista. Entre la modernidad radical de los liberales y la petrificada tradición de los conservadores, Marx y sus discípulos optan por un camino intermedio; a veces esto y a veces aquello. No es difícil señalar su obvia modernidad: la vista puesta en el futuro, el elogio de la revolución, la confianza en la historia, la primacía de la razón, la inexorabilidad de la industria. Tampoco es laborioso identificar su soterrado tradicionalismo: nostalgia de la comunidad, visión orgánica de la sociedad, culto religioso del dogma, celebración de la unidad, restitución del Absoluto. El marxismo, con todo y su racionalismo, no es ajeno al socialismo utópico, cercano a los conservadores sueños románticos. Marx no es ni moderno ni tradicionalista: es uno y otro. De allí su encanto a lo largo del siglo XX: es, a la vez, una versión de la modernidad triunfante y una respuesta a la modernidad en crisis.

Prueba del tradicionalismo marxista es su afinidad con la escatología cristiana. A propósito de esto Paz ha escrito:

El comunismo descende, en cierto modo, del cristianismo; sólo en una tradición como la cristiana podían nacer esas esperanzas escatológicas que son el horizonte del marxismo.²⁰

Deliberadamente o no Marx traduce en términos modernos la oscura profecía cristiana y ofrece un consuelo semejante al del cristianismo. No habla de Dios sino de la Historia, pero expresa, a veces, el mismo mensaje: la dureza del presente, el advenimiento de un futuro luminoso y la

¹⁹ “Polvos de otros lodos”, en *OC*, vol. 9, p. 191.

²⁰ “La verdad frente al compromiso”, en *OC*, vol. 9, p. 449.

misión providencial del grupo elegido. La afinidad entre su teoría y el mesianismo cristiano es —como ha señalado Erich Fromm— inobjetable y minuciosa; Marx vuelve filosofía de la historia la profesía religiosa; quizá sin quererlo, repite las frases del curso cristiano: el paraíso, el pecado original, la historia, el milenio y el final y definitivo reino de Dios. Apenas si moderniza los términos: comunismo primitivo, propiedad privada, modos de producción, capitalismo y feliz victoria del comunismo. El lenguaje es otro; la profecía, la misma.

El totalitarismo —escribe Paz— confisca las formas religiosas, las vacía de su contenido y se recubre con ellas. La democracia moderna había consumado la separación entre la religión y la política; el totalitarismo las vuelve a unir, pero invertidas: el contenido de la política del monarca absoluto era religioso; ahora la política es el contenido de la pseudoreligión totalitaria.²¹

En la Unión Soviética estalinista, como en la Alemania nazi, existen los elementos de toda religión organizada: el dogma, el culto, los fieles, los herejes y la Iglesia vuelta partido. El marxismo, en su origen una teoría crítica, se convierte en catecismo incontrovertible, y Marx en el profeta. La URSS repite las formas religiosas que combate: más que destruirlas las sustituye; no termina con el sentimiento religioso, propósito imposible; tan sólo lo politiza y lo explota a su conveniencia. El terror de la mano al totalitarismo; el poder político y el religioso se funden.

Paz coincide con Erich Fromm,²² el totalitarismo es religioso porque promete el mismo consuelo que las religiones. Uno y otro son respuestas a la amarga ruptura de la modernidad. El mundo moderno separa y aísla; arranca al individuo de la comunidad orgánica y de las lealtades corporativas. Asimismo, rompe con Dios y confía al hombre al azar. El hombre

²¹El mesianismo profético cristiano “encontró su última y más completa expresión en el concepto del socialismo de Marx”. Erich Fromm, *Marx y su concepto del hombre*, México, FCE, 1998.

²² “América Latina y la democracia”, en *OC*, vol. 9, pp. 86-87.

está más solo que nunca, y eso lo angustia; su libertad pesa, su soledad duele. Necesita compañía, y el totalitarismo se la ofrece. No es una religión, pero hace las veces; da seguridad y sentido a la existencia de sus fieles. El totalitarismo —al revés de la democracia— restituye la comunidad orgánica, reinventa el catecismo, recompone la idea de una fraternidad universal. Los regímenes totalitarios llevan a cabo lo que las democracias liberales rechazan: insertan al individuo en una comunidad cerrada, hospitalaria pero asfixiante. Hay un trueque: seguridad a cambio de libertad. El hombre pertenece de nuevo a un grupo, pero se pierde un poco a sí mismo. No Dios sino el Estado lo sujeta. El individuo se debilita, el totalitarismo se consolida.

En cuanto a su política exterior, Paz no tiene dudas: la Unión Soviética es un imperio totalitario. No a la manera de Estados Unidos, nación hegemónica, sino al modo de los imperios clásicos: “un conjunto de naciones dispersas sin relación entre ellas —cada una con lengua, cultura y tradición propias— sometidas a un poder central”.²³ Su dominio, al revés del de la Unión Americana, no es oblicuo sino directo: fija las políticas de sus países satélites y las hace cumplir con la tensa amenaza de su ejército. No quiere influir sino dominar. No tiene aliados sino séquito. La Unión Soviética, a los ojos de Paz, es tan imperialista como el viejo zarismo, entre la política expansionista de uno y otro régimen hay más de una coincidencia.

También a la inversa de Estados Unidos, el imperio soviético es vigorosamente ideológico. No sólo exporta ingenieros y militares; también remite una ideología vuelta catecismo. Más que influir, su intención es convertir, evangelizar las almas, otro rasgo premoderno. Su dominio no es accidental sino premeditado, es parte de un plan y requisito de su doctrina universalista. Moscú es dueña de una ideología infalible y su deber es desperdigarla por todo el mundo. Conocedora de las leyes históricas, su misión es evidente: cooperar para que la historia se realice en cualquier rincón de la tierra. Pero no es sólo una aliada de la historia, es su élite dirigente. La Unión Soviética pretende convertir al mundo no para ser una

²³ “El imperio totalitario”, en *OC*, vol. 9, p. 314.

dirigente. La Unión Soviética pretende convertir al mundo no para ser una nación socialista entre otras sino para extender por todas partes su rudo predominio. Otra vez, la metrópoli y su colonia: "Moscú es la capital ideológica y política de una creencia que combina el mesianismo religioso con la organización militar. En cada país los fieles, reunidos en partidos que son iglesias militantes, practican la misma política."²⁴

El colapso de la URSS sorprende a Paz pero no le extraña. Agudo observador de la realidad soviética, conoce sus vicios y sabe de su crisis. A lo largo de los años, observa la lenta, imparable erosión de la ilusión y del régimen socialista. Por ello, como a otros no le asombra tanto la caída como la relativa placidez de ésta. No le desconcierta el del socialismo soviético, atravesado por sus propias contradicciones, sino la ausencia de insurrecciones populares y la apenas leve resistencia del régimen. El derrumbe de la URSS no le toma tampoco desprevenido en otro sentido; cuando ocurre ya está provisto de nuevas armas críticas. Paz no se limita a festejar el desplome de la Unión Soviética, cosa previsible en un crítico acérrimo del régimen. Al contrario, fija a su nuevo adversario y comienza su impecable crítica. Las modernas sociedades liberales son el renovado blanco; Paz hace la denuncia de ellas armado de nuevo con su ácido romanticismo. El liberalismo cesa de ser su instrumento crítico y se vuelve el objeto de la crítica.

Paz no comparte el fúnebre dictamen de cierta izquierda; la Unión Soviética —afirma— no fue víctima de un complot exterior sino de sus propias contradicciones. Las causas de su colapso no son ajenas a su funcionamiento sino inherentes a él; cayó porque sus pilares se desplomaron, no porque la metralla exterior la derrumbara. Las razones de la caída son numerosas y todas internas: la persistencia del "genio" ruso, la consistente acción de los disidentes, el descontento de los trabajadores, la rebelión de las naciones que compusieron el impero. Además, otros dos elementos no menos sino más importantes: la crisis económica ocasionada por el excesivo gasto militar y la presencia de una élite reformista. Hecho doble: la crisis económica obligó a llevar a cabo reformas y éstas apuraron el

²⁴ *Ibidem.*

desmoronamiento del régimen. La URSS no soportó los mínimos cambios; sus cimientos, petrificados, se colapsaron al primer movimiento. La modernidad en su visión socialista fracasó doblemente; no cambió al mundo ni resistió los cambios de éste. No fue libertad conquistada ni sueño en libertad.

Bibliografía

-O'Gorman, Edmundo, *México: el trauma de su historia*, México, CONACULTA, 1999, 111 pp.

-Paz, Octavio, *Obras completas: Fundación y disidencia. Dominio hispánico*, tomo 3, México, FCE, 1997, 418 pp.

_____, *Obras completas: Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, tomo 5, México, FCE, 1998, 622 pp.

_____, *Obras completas: El peregrino en su patria. Historia y política de México*, tomo 8, México, FCE, 622 pp.

_____, *Itinerario*, México, FCE, 1998, 274 pp.

-Peralta, Braulio, *El poeta en su tierra. Conversaciones con Octavio Paz*, México, Grijalbo, 1996, 178 pp.

-Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa-Calpe, 1998, 145 pp.

-Rodríguez Ledezma, Xavier, *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*, México, UNAM/Plaza y Valdés, 1996, 557 pp.

-Santi, Enrico Mario, *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz*, México, FCE, 1997, 406 pp.